

DaBAR



Ciclo
B

1 de abril de 2021

Jueves Santo

nº
23

Año XLVII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN

ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Hora Santa

Señor: en esta hora de tu sufrimiento, nosotros, tus amigos queridos, te abandonaremos a tu suerte.

Hemos cenado contigo, como tantas veces. Hemos compartido la cena de Pascua. Ha sido como otras, pero más intensa, más entrañable, más profunda. Todos nos hemos dado cuenta de tu emoción, sin saber a qué achacarla. Sabías llegada tu hora, pero no has dicho nada, nos has animado a disfrutar del rato. Cuando enviaste a dos de nosotros por delante, a preparar la sala y apalabrar el banquete, nos parecía una pascua más. Tanto tiempo contigo, y aún no hemos aprendido a leerte, no sabemos interpretar tus gestos, ni mirar en lo hondo de tus ojos. Tanto amor nos tienes, y no lo vemos ni lo valoramos.

Nos has dejado mudos al quitarte el manto y ceñirte como un siervo. No acertamos a ver, en tu aparente humillación, la grandeza del rey que esperamos. No podemos discernir, desde nuestra mira estrecha, que servir por amor no es humillante, es amor. Ni siquiera Pedro, tu amigo, ha entendido nada y se ha puesto a discutir contigo. Es más fácil sentirse incómodo por tu gesto que aplicarse a tomarte como ejemplo. Si es que no aprendemos, y no es la primera vez, ni será la última.

Sumidos en nuestras preocupaciones, las de quién va estar a tu lado derecho, o a tu izquierda, y quién será tu favorito, y bla bla bla, tampoco nos hemos dado cuenta de la amenaza que te sobrevolaba, de cómo uno de los nuestros te ha vendido, y estaba esperando el momento de entregarte. La traición se ha sentado a la mesa con nosotros que, encabezados en nuestras ambiciones, ni la hemos detectado.

Tampoco sabíamos qué pensar cuando has partido el pan, mientras hablabas de entrega de ti, ni cuando nos has dado a cada uno el cáliz de vino mencionando tu sangre. ¿Tu sacrificio? ¿De qué hablabas? ¿Quedarte

con nosotros para siempre? ¿Te ibas? ¿Sin nosotros? Esos gestos, que han de mantenerte vivo entre nosotros, ¿por qué esta noche? ¿Qué estaba pasando?

Ha terminado la cena. Al salir nos has llevado a Getsemani, porque sentías el sufrimiento devorarte las entrañas. Nos has hecho sentar, y te has alejado de nosotros. Distráidos, te hemos dejado ir. Cuánta ceguera la nuestra, Señor. Somos tus elegidos, hemos recorrido tu camino, pisado tus huellas y dejado atrás tanto como tú. Pero, llegado el momento de practicar contigo la misericordia, el acompañamiento, y la ternura que nos has entregado siempre, te hemos dejado solo, solo, solo. A ninguno nos has reclamado nada, ni nos has pedido más que velar contigo. Ni eso hemos sido capaces de darte. Ni una hora de atención, ni compañía, ni afecto.

Después de tanto vivido contigo, después de verte en tantas y tantas situaciones dando la cara por quienes no tienen a quién la dé por ellos. Después de tantas enseñanzas, conversaciones y momentos de reflexión, después de tres años juntos, siguiéndote, ¿qué nos queda? ¿Cómo de duro es nuestro corazón, que ni en tu momento de más profunda angustia hemos sido capaces de permanecer a tu lado? Lo único que hemos podido hacer por ti es quedarnos, tranquilamente, dormidos.

Has vuelto, nos has despertado. Había tristeza en tu gesto, un poco de decepción. Aún esperas de nosotros lo mejor, tu confianza en nosotros es inmensa. Como el Padre, no dejas nunca de darnos otra oportunidad.

Si tan sólo alcanzáramos a tratarnos unos a otros con una milésima parte del amor que nos has dado, si supiéramos dejarnos llevar por tu misericordia, si aprendiéramos a vivir tu ternura y tu compasión en cada momento de nuestras vidas, si nos dejáramos entregar como tú al Padre, quizá entenderíamos lo que ha pasado esta noche.



Ahora sólo nos queda patalear rabiosos por nuestra ceguera, y esperar, sin merecerlo, a que vuelvas con nosotros.

Aurora Gonzalo
aurora@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

No es infrecuente que al leer en el A.T algún episodio de la historia de Israel, aparezcan detalles o partes importantes que nos sorprendan negativamente entre otros en los que reconocemos las huellas de Jesús. Hoy nos chirría al final de la lectura "esta noche pasaré por todo el país de Egipto, dando muerte a todos sus primogénitos, de hombres y de animales.... Cuando yo pase hiriendo a Egipto".

De la misma manera nos choca antas veces escuchar que 'Dios Padre entregó a su Hijo a la muerte'. Por supuesto que ellos creían que todo estaba en manos del Señor y por lo tanto si sucedía era por su mano ¿por qué entonces no actuaba de otra forma? ¿Había que 'castigar' a los demás, para salvar a su pueblo? Todas las lecturas de estos días nos traerán a la mente las mismas categorías que sin embargo no pertenecen al mensaje real de la Palabra de Dios.

Lo que leemos y escuchamos no es el exterminio de nadie, ni la destrucción de ningún pueblo, ni las fuerzas desatadas de la naturaleza o la historia, sino el cómo en medio de todos esos acontecimientos el Señor libera a su pueblo primero y a la humanidad después. De cómo lo local y personal se amplía en tiempo, espacio y personas a todo lo creado. Pero siempre nos admirará, y nos repugnará en parte, que todo se realice desde la perspectiva del 'justo' dispuesto a entregarse por los demás. Dispuesto a pagar por sus hermanos. Dispuesto al sufrimiento al que los 'malvados' entregan siempre a los más débiles e indefensos: las víctimas de la inmisericordia. Para que brille en la noche del mal la luz de la entrega, y de la compasión. Porque ese es el camino de la justicia -la justicia de Dios, no la nuestra- a fin de salvar a todos los que llama 'sus hijos'. Hoy mismo contemplamos dos momentos de esta misma actitud. En el primer caso, la Carta a los Corintios a la vez nos comunica su generosidad 'este cuerpo que se entrega por vosotros' donde nos anuncia la salvación que es comunión en el mismo pan; que lo hace por el camino de la entrega hasta dar la vida. Y lo mismo en el cáliz, se derrama la sangre que es la vida'

Y todo ese camino nuevo de vivir, comienza por el 'anonadamiento': ser nada, esclavo/a, servicio puro y generoso sin esperar recompensa alguna que no sea fraternidad, como en el lavatorio de los pies.

Tomás Ramírez
tomas@dabar.es



Segunda Lectura

Pablo trata del modo adecuado de celebrar la Cena del Señor (11,17-34), evitando posibles abusos. Trata de que la fraternidad no se rompa. Y todo viene por la comida fraternal que iba unida a la eucaristía. Sucedió que, según relata Pablo, llegaban a la reunión los más acomodados que, posiblemente, no trabajaban, y extendían los alimentos. Pero los consumían antes de que llegaran los pobres trabajadores, seguramente del puerto de Corinto, y se encontraban sin nada. Este comportamiento lo denuncia Pablo, aunque no sabemos si con éxito.

Vista esta situación, Pablo recuerda la institución de la Eucaristía para echar en cara el comportamiento de aquellos que no quieren compartir sus alimentos. No se puede destruir la imagen de fraternidad porque, si no, ya no podemos llamar a esto cena del Señor. El comportamiento de los más pudientes avergüenza a los pobres y desprecia a la Iglesia.

Recuerda Pablo el texto de la institución de la eucaristía, que ya era conocido por los corintios. Es el texto más antiguo dentro de la tradición del Nuevo Testamento datando, aproximadamente, del año 56. Utiliza materiales anteriores formulados y fijados en un contexto litúrgico y cultural. El texto que utiliza Pablo puede remontarse al año 40 y el lugar podría ser Antioquía de Siria. Junto con el relato de Lucas (Lc 22,14-20) es el más cercano a la cena de Jesús, más que los textos de Marcos y Mateo. Estos evangelistas utilizan unos textos que están más cercanos a la Iglesia de Jerusalén.

Así, la Iglesia, al celebrar la eucaristía, tiene que proclamar la muerte redentora del Señor hasta el día de su vuelta. Se recuerda la presencia invisible de Cristo, recordando su muerte y esperando su triunfo futuro. Además, se subraya el aspecto de sacrificio como memoria y símbolo de la muerte del Señor.

De esta forma, podemos decir que la aportación de Pablo al tema de la eucaristía aquí, compartiendo pensamiento en algunos aspectos con otros autores del Nuevo Testamento, consiste en la dimensión cristológica: afirmar la presencia real del Resucitado en el pan y vino consagrados; la dimensión pascual: actualización sacramental de la muerte y resurrección de Jesús; la dimensión escatológica: la eucaristía como signo y anticipo de lo que ocurrirá cuando llegue a su fin la historia de la salvación.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

La perícopa completa del lavatorio de los pies abarca los vv. 1-20, por lo tanto, de nuevo, se nos priva de unos versículos en los que, entre otras cosas, se recoge el mandamiento de repetir el lavatorio y un nuevo anuncio de la traición. Se encuentra este texto al principio del libro de la revelación de la gloria de Jesús a la comunidad, en la última de las pascuas y semanas que recoge el evangelio, como sabemos, en el marco de la última cena. Temporalmente, estamos en la víspera del viernes santo.



Texto

Jesús es consciente que ha llegado la hora de su muerte y de todo lo que se le venía encima, como había anunciado en 10, 17-18. La muerte no supone más que la vuelta al Padre. La manifestación del amor de Jesús a los suyos o consiste en el lavatorio sino todo lo que hizo y dijo es esas últimas horas con ellos que acabaron en la cruz. Juan se refiere como Lucas (22,3) al demonio como instigador de la traición, pero no resta responsabilidad a Judas.

En los v. 3-11 se recoge el lavatorio en sí, que constituye una manifestación de la más absoluta humildad. Lavar los pies es oficio de esclavos (cfr. 1Sam 25, 41). Incluso los rabinos, en base a Lev 25, 39, prohíben a los israelitas acceder a que un esclavo hebreo les lave los pies. El evangelista insiste en la dignidad de Jesús y en su plena conciencia de esta, y hace contrastar esta con la humildad que supone el lavatorio. Una acción de esclavos y prohibida a judíos realizada por la persona con más dignidad, la de Hijo de Dios. Resalta que el lavatorio es un hecho simbólico al realizarlo durante la cena, y antes de comenzar, según la costumbre judía, como signo de hospitalidad. Los discípulos son conscientes de la humillación del gesto y, por eso, Pedro se opone a ella. Pero Jesús no acepta sus objeciones alegando que será más tarde, tras su muerte, cuando comprenda el sentido del gesto. Un gesto que da sentido a toda su vida, una vida de servicio e inmolación. A pesar de la explicación, Pedro no cede hasta que Jesús no le amenaza con perder la comunión con Él. Y, es entonces, cuando accede hasta caer en el extremo opuesto, demostrando que no ha entendido el sentido de lo que Jesús está haciendo, que es el servicio del Hijo de Dios hecho hombre.

Rechazarlo habría supuesto rechazar el servicio que Jesús ha hecho, renunciar a toda su obra y su mensaje, a negarse a seguir el único camino al Padre. El que ha sido lavado por Jesús está ya todo limpio, no necesita volver a lavarse, el lavatorio corresponde a un baño simbólico y le otorga un lugar junto a Él por ese símbolo de purificación del corazón, al igual que el bautismo que limpia el pecado y une a Cristo. Básicamente, el significado es el mismo que lo que supone la institución de la eucaristía en los sinópticos. Un Jesús que entrega su vida en rescate por muchos. Aunque Judas también se lavó los pies, él no está limpio, no puede percibir los frutos del servicio y la muerte de Cristo.

Terminado el lavatorio, Jesús sigue su instrucción, el servicio recibido exige que ellos se presten la misma atención. Es el ejemplo que los debe mover a hacer lo mismo con sus hermanos. Por supuesto, no es necesario que sea literalmente, sino estar dispuestos a servirse recíprocamente. El lavatorio es una representación viva del humilde servicio con el que se manifiesta el amor.

Pretexto

El texto de hoy transcurre en el marco de la institución de la Eucaristía según Juan, de hecho, encierra el auténtico sentido de esta. Jesús se nos entrega para permanecer con nosotros para siempre. Y, de paso, nos enseña cómo vivió y cómo debemos vivir. Toda su vida, todo su ser es servicio a Dios y a los hombres.

Una vez, un amigo me advirtió de lo que significaba el lavatorio, y que por eso le costaba hacerlo, pero es lo mismo que participar de la Eucaristía. ¿Cómo me acerco a ella?, ¿con la misma humildad que me enseña Jesús en el lavatorio?, ¿asumo que el acercarme a la eucaristía es poner mi vida al servicio de los demás?, ¿soy consciente que lo que debo hacer es participar en la construcción del Reino?

Enrique Abad
enrique@dabar.es



Notas para la Homilía

“Jesús se estremeció por dentro...Era de noche”. Jn 13, 21.30.

Judas estaba en tinieblas, pero también a Jesús, herido hasta la médula del alma, se le nublaban las próximas horas con los sentimientos ante su inminente final; dado su fracaso ante el Sanedrín, el Templo y el pueblo, no podía aceptar sin más el misterio; oraba, quería aprovechar sus últimas horas para insistir en su último legado, aquello que la muerte cercana reduce a lo esencial. Por añadidura la celebración de la Pascua rondaba por aquellos días. Quiso estar con los suyos antes de morir, con su madre, con sus fieles amigos, con sus amigos y seguidores más cercanos.

Su interior está muy denso, muy humano. Apenas ha comenzado su misión, el mensaje queda a medias, cuesta entender el curso de los acontecimientos; parece que, si el Padre no lo remedia, poco futuro le queda al mensaje. Siente sobre sus hombros el peso del aparente fracaso, intenta rematar su obra, busca compañía, ora y de pie recibe con firmeza y en soledad la tragedia final.

Lleva en su interior una riqueza de la que su humana debilidad en aquella noche no podía tener conciencia. Convoca y preside la cena de despedida, a las puertas de Pascua. Escuchemos con piedad y gratitud sus sagradas palabras de las que Pablo es el primer testigo. “Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”.

Consciente de su final, lo afronta con la serenidad de su fe e iluminado por un amor hasta el extremo. Al mismo tiempo está realizando con el pan entre sus dos manos un gesto común, diario, propio de quien abre la celebración y la preside: romper el pan a trozos y repartirlo. Este gesto cotidiano y doméstico lo llena Jesús con la densidad de aquella despedida: se identifica a si

mismo al pensar, “esto soy yo en persona en estos momentos, estoy des-trozado, hecho pedazos” . Quiere que le recuerden así, con lo cual el gesto sobre este pan destrozado, fraccionado, recibe la capacidad de adentrarnos en su presencia, ahora cercana a la muerte y pronto gloriosamente transformada. Esto no lo entienden ahora los comensales, lo descubrirán más tarde por obra del Espíritu Santo al recordar y cumplir su mandato: “Haced esto en memoria mía”.

Este Jueves Santo nos deja la herencia de la vida de Jesús con toda la salvación que su muerte nos regala desde la cruz. Estamos ante el misterio del amor de Dios a toda la humanidad. Desde su total pobreza ante la muerte, Jesús nos abre y transmite la infinita riqueza de su persona y su salvación; nos abre el camino y la puerta de la casa del Padre. Desde esta su Última Cena con sus discípulos, nos ofrece su presencia en su muerte y su gloria a la vez. Cayó en el surco, como el grano de trigo y granó la espiga como alimento de todos los peregrinos de la fe, como guía y fortaleza para el camino, como vínculo que nos une a todos en comunidad y nos prepara para contemplarlo cara a cara en la eternidad gloriosa.

El gesto de lavarles los pies no al comenzar el encuentro, sino contra toda costumbre, precisamente durante la cena, demuestra el interés de Jesús en destacar el gesto; a pesar de la resistencia de Pedro y los demás que no podían alcanzar su significado. Juan lo remata como fruto de la misma eucaristía, el servicio con humildad, sin excepciones, aquella noche también al traidor.

Lorenzo Tous
llorens@dabar.es



“¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?” (Jn 13,12)



Para reflexionar

El servicio que hace Jesús es el más bajo que podía realizar un hombre, ¿acepto los servicios

¿Cuáles son los servicios más normales que forman parte de mis deberes? ¿Con qué actitud los cumplo?

Participo en la eucaristía con rutina o ¿me interesa conocer con profundidad el misterio de la presencia del Señor en ella? ¿qué medios pienso poner para conseguirlo?

Para la oración

Señor Jesús, acéptanos a tu lado esta noche para acompañarte en silencio. Intuimos tus sentimientos ante el final de tu vida tan trágico, injusto y misterioso. Desde nuestra pobreza admiramos el misterio de tu persona tan humana y tan única. Gracias por haber compartido hasta lo más hondo nuestros miedos, fracasos, soledades y dolores. Desde esta realidad te has hecho como nosotros y nos estás salvando.



Ante ti, Señor, y a tu lado ponemos las angustias de tantos hermanos en agonía. Acepta sus sentimientos, su oración y nuestra solidaridad. Desde tu entereza y tu oración acompaña a los que ayudan a los enfermos, consuela a los más pobres en su soledad y dales esperanza a los que no la conocen.



Gracias, Padre, por este final de la vida mortal de tu Hijo. Nosotros lo hubiéramos dispuesto de otra manera, pero tus caminos no son nuestros caminos.

Gracias porque en Él te has acercado hasta lo más hondo de nuestra realidad humana. Él, el Inocente, ha asumido la angustia ante la muerte, la soledad del traicionado, la lejanía de los amigos, la mentira y el odio de sus enemigos y la ingratitud de sus favorecidos.

En medio de tanta humillación nos da ejemplo de aceptación del misterio, de amistad fiel, de oración intensa y de paz. En su pobreza nos ofrece el don de su Espíritu y de su persona.

Su presencia entre nosotros es el regalo más grande que nos deja en herencia.

Con todos los que le queremos y todos los que le han querido en este mundo, nos reunimos a su lado con todos los ángeles y los bienaventurados del cielo cantando alabanzas y acción de gracias.



No merecía, Señor, tenerte tan cerca. Entra de lleno en mi vida y llévame contigo: tu Madre me acepte en su compañía en estas horas decisivas. Muchos comparten tu camino con la cruz a cuestas, intentaré imitar al Cireneo y la Verónica. Acéptame y hazme digno de seguirte.



Cantos

Entrada: Alrededor de tu mesa (Palazón); El Señor nos ha reunido junto a Él (Kairoi); Dios nos convoca (Erdozain); Danos un corazón grande (1CLN-718).

Gloria: 1CLN-C 4

Salmo: LdS; El cáliz que bendecimos (Palazón); Tú eres, Señor, el pan de vida (Aragüés).

Aclamación antes del Evangelio: Os doy un mandato (Cantalapiedra) Un mandamiento nuevo (popular).

Ofertorio: Este pan y vino (Erdozain); En el altar del mundo (Fernández).

Santo: 1CLN-I 1.

Comunión: Donde hay caridad y amor; Hizo un banquete el Señor (Erdozain); El mandato (Cantalapiedra); Comiendo del mismo pan (1CLN-O 27).

Procesión: Cantemos al amor de los amores; Tantum ergo; Pange lingua; Cerca de Ti, Señor u otros cantos populares.

La misa de hoy

Monición de entrada

Hermanos: Sintámonos convocados por Jesús a punto de comenzar su pasión. Intentemos asociarnos a sus sentimientos humanos ante su muerte inminente.

Pidamos al Espíritu Santo el don de inteligencia para comprender la altura y la profundidad del amor que Jesús nos muestra en sus últimas horas de vida mortal.

Saludo

Dios Padre que acoge al Hijo que se pone al servicio de todos y nos deja el Espíritu Santo para que también nosotros podamos servir a los demás, esté con todos vosotros.

Acto Penitencial

En esta sagrada noche limpiémonos a fondo de toda mancha espiritual para acercarnos a Jesús en sus últimas horas de vida humana. Su agonía está cerca. Pidámosle perdón.

-De nuestra pobre fe, Señor ten piedad.

-De nuestra pobre amistad contigo, Cristo ten piedad.

-De nuestra vida tan poco cristiana, Señor ten piedad.

Perdona, Señor, nuestros pecados. Acepta nuestro arrepentimiento y déjanos estar a tu lado esta noche.

Monición a la Primera lectura

La Pascua era la fiesta de la liberación del pueblo de Israel y se celebraba comiendo un cordero asado con un rito especial. La muerte de Jesús nos libera del pecado.

Salmo Responsorial (Sal 115)

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava; rompiste mis cadenas.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Monición a la Segunda Lectura

Con piedad y gratitud escuchemos las palabras de San Pablo, testigo singular, el más antiguo, de lo que ocurrió en la última cena de Jesús con sus amigos.

Monición a la Lectura Evangélica

El gesto singular de Jesús que escucharemos puede considerarse como su testamento.

Oración de los fieles

Unámonos con los sentimientos de Jesús en la Última Cena. Respondamos: Padre, que todos seamos uno.

-Para que la celebración de la eucaristía sea el centro de nuestra vida cristiana. Oremos.

-Para que la celebración de la eucaristía sea siempre un eco vivido de la Última Cena. Oremos.

-Para que los sacerdotes vivan intensamente el misterio que presiden. Oremos.

-Para que la celebración de la eucaristía nunca sea un rutinario cumplimiento de lo de siempre. Oremos.

-Para que la celebración de la eucaristía nos lleve a entender nuestra vida como un servicio, sobre todo a los más necesitados. Oremos.

-Para que la adoración de la eucaristía alimente nuestra fe con horas de paz y de perdón. Oremos.

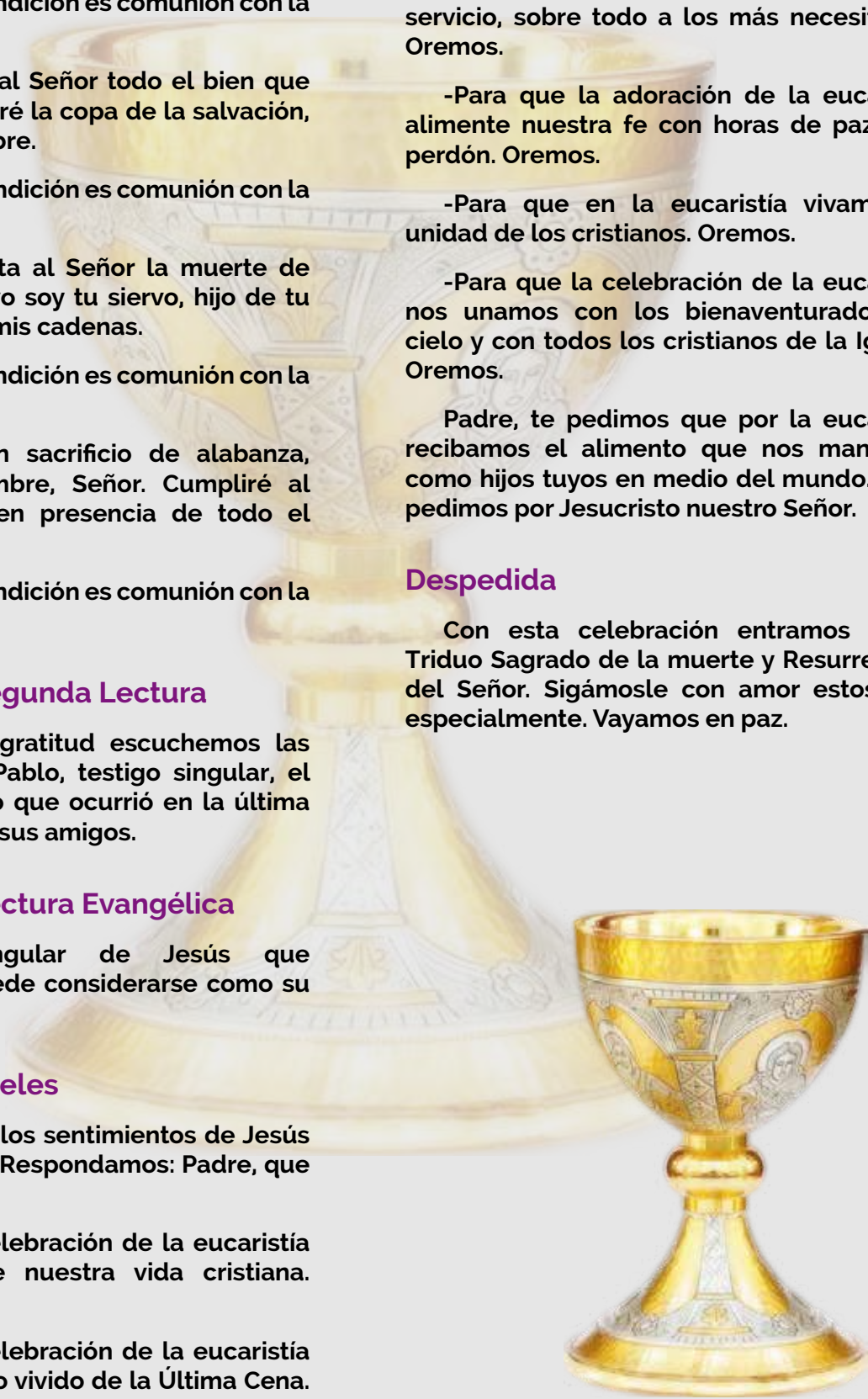
-Para que en la eucaristía vivamos la unidad de los cristianos. Oremos.

-Para que la celebración de la eucaristía nos unamos con los bienaventurados del cielo y con todos los cristianos de la Iglesia. Oremos.

Padre, te pedimos que por la eucaristía recibamos el alimento que nos mantenga como hijos tuyos en medio del mundo. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Despedida

Con esta celebración entramos en el Triduo Sagrado de la muerte y Resurrección del Señor. Sigámosle con amor estos días especialmente. Vayamos en paz.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Jueves Santo, 1 abril 2021, Año XLVII, Ciclo B

ÉXODO 12, 1-8.11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino de casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año, cordero o cabrito. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes, y toda la asamblea de Israel lo matará al atardecer. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo hayáis comido. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, comeréis panes sin fermentar y verduras amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el paso del Señor. Esta noche pasaré por todo el país de Egipto, dando muerte a todos sus primogénitos, de hombres y de animales; y haré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo soy el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde estéis: cuando vea la sangre, pasaré de largo; no os tocará la plaga exterminadora, cuando yo pase hiriendo a Egipto. Este día será para vosotros memorable, en él celebraréis la fiesta al Señor, ley perpetua para todas las generaciones”».

I CORINTIOS 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

JUAN 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?» Jesús le replicó: «Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo». Simón Pedro le dijo: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dijo: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

